

La misión del laico

CRISTIAN BRAHM M., S.J.

Homilla del Superior Provincial de los Jesuitas, P. Cristian Brahm, en la Misa de Acción de Gracias con los familiares, amigos y colaboradores de la Compañía de Jesús, con ocasión de la fiesta de San Ignacio de Loyola.

Queridos hermanos:

Nos hemos reunido junto al altar del Señor Jesús para dar gracias a Dios, por habernos manifestado su benevolencia en la persona y en la santidad del Padre Ignacio. Quienes hemos hecho la experiencia de los Ejercicios Espirituales, jesuitas, religiosas o laicos, y nos hemos embebido en su espiritualidad, nos sentimos marcados por un estilo, un lenguaje y unas actitudes que concretizan el carisma ignaciano en nuestra manera de enfrentar la vida, el mundo y la Historia. Nos ha marcado también una forma de servicio a la Iglesia Universal. Junto con el resto del Pueblo y de la Iglesia Chilena nos hemos alegrado y enriquecido con la presencia entre nosotros del Papa Juan Pablo II, quien vino a nuestra tierra como Mensajero de la Vida y Peregrino de la Paz. Como Ignacio en otro tiempo, también nosotros vemos en el Papa al Vicario de Cristo en la tierra, y por quien nos sentimos enviados en misión.

En unos meses más el Sínodo de los Obispos se reunirá en Roma para tratar un



asunto de la máxima trascendencia para la Iglesia: La Vocación y la Misión de los Laicos en la Iglesia y en el Mundo.

Esta mañana deseo invitar a los laicos de espiritualidad ignaciana a sentirse convoca-

dos a orar, a formarse y asumir su misión en la Iglesia al servicio del Reino de Dios. Quienes se han puesto en la escuela de San Ignacio descubren con sorpresa y admiración, que una espiritualidad que tuvo su origen hace más de cuatro siglos siga teniendo tanta vigencia, solidez y creatividad para enfrentar los desafíos de la hora presente en el mundo, en especial en América latina. Esto no debe sorprendernos, porque Ignacio hizo la experiencia de su conversión en la Casa de Loyola y los diez años posteriores como un laico, y sin tener en su horizonte la posibilidad del sacerdocio y que posteriormente fundaría una Orden Religiosa.

Hasta cerca de los 30 años, Ignacio fue un cristiano que llevaba una vida desgarrada y vana, más preocupado de destacar en asuntos de honor, de conquistar una dama de alcurnia, y hacerse un nombre como caballero. Fue necesario que una bala de cañón le rompiera una pierna y lo postrara en cama por meses, para que este gentilhomme empezara a cavilar en otras gestas gloriosas, las del espíritu, y se dejara conquistar el corazón. Admirado de las mociones del espíritu que se agitaban en su interior, Ignacio se pregunta "qué vida nueva es ésta que vivimos". Con la tenacidad de un vasco,

